

**ISAIAH BERLIN,
*HUMANITATIS MAGISTER***

Claudio Véliz

A partir de una sugerente comparación de la trayectoria de Isaiah Berlin con la de Miguel de Unamuno, este artículo ofrece un recorrido por los hitos centrales de la vida y obra de sir Isaiah. En un relato vívido y salpicado de anécdotas, Claudio Véliz narra las distintas circunstancias que llevaron a Berlin a distanciarse gradualmente del ámbito filosófico profesional y a reorientar su vida intelectual hacia el campo de la filosofía política y social e historia de las ideas. A su vez, Véliz comenta dos de los ensayos más perspicaces e influyentes de Berlin: “Historical Inevitability” y “Two Concepts of Liberty”.

CLAUDIO VÉLIZ. Ph. D. en Historia, The London School of Economics. En la actualidad es profesor emérito de sociología de La Trobe University (Australia); profesor de historia en la Boston University (EE. UU.), y director de The University Professors, Boston University (EE. UU.). Sus obras más conocidas son *Historia de la Marina Mercante de Chile* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1961); *The Centralist Tradition of Latin America* (Princeton: Princeton University Press, 1980); y, más recientemente, *The New World of the Gothic Fox, Culture and Economy in English and Spanish America* (Berkeley: University of California Press, 1994). Entre sus últimos artículos publicados por *Estudios Públicos* están “Deportes Griegos e Ingleses”, “Simetrías y Divergencias en la Historia de Argentina y Chile”, “Un Mundo ‘Made in England’” y “El Nuevo Mundo: Gesta Menor del Momento Castellano”.

No ha resultado nada fácil en el ámbito intelectual de Europa occidental y la América de habla inglesa encontrar una descripción apropiada tanto para la innegable influencia inmediata como para la trascendencia del pensamiento de sir Isaiah Berlin. Desde luego ni los antecedentes académicos formales del eminente ensayista, ni sus escritos, y menos aún su magnífica y merecidísima reputación de interlocutor extraordinariamente ameno, erudito y generoso, ayudan a resolver el problema, puesto que mientras los primeros le otorgan autoridad en campos tan diversos como la filosofía, las artes visuales, la historia de las ideas, la música y la teoría política; los segundos parecieran alejarle intencionalmente del estilo académico convencional, estableciendo un género de ensayo *sui generis*, necesariamente reacio a aceptar el yugo de las clasificaciones ortodoxas; y lo tercero, no obstante su brillo excepcional, se refiere a un talento que así como rebosante de vitalidad es esencialmente efímero, condenado a permanecer relegado al recuerdo de quienes tuvieron la buena fortuna alguna vez de conversar con este gran pensador de nuestro tiempo.

Buscando modo de describir la estatura intelectual de Isaiah Berlin, así como la influencia y luminosidad de su pensamiento, me he reencontrado con un uso muy nuestro, ahora quizás algo pasado de moda, pero que se ajusta con elegancia a este propósito. No son muchas las décadas que nos separan del otorgamiento, no pocas veces acertado, del noble galardón, “Maestro de la juventud”, a aquellos pensadores cuya autoridad moral e intelectual elevó por sobre las mezquindades del momento, enriqueciendo así la herencia cultural de nuestros pueblos con vidas señeras y ejemplarizantes. En aquella época no se requirieron campañas publicitarias ni ceremonias artificiosas para que tanto estudiantes como estudiosos entregaran tal ilustre denominación, sin ironía, a quienes como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, José de Vasconcelos, Valentín Letelier, José Enrique Rodó, Enrique Molina, Alfonso Reyes y algunos otros cuyos nombres se me escapan, ofrecieron inspiración y liderazgo intelectual a generaciones de americanos tanto por la elevada alcurnia de su magisterio y la calidad de sus escritos como por su fructífera dedicación a las tareas civilizatorias.

Es muy posible que esto de las maestrías de la juventud nos llegue desde una España en la que sucesivos “destapes”, a cual más torpe, grosero e innoble, no logran borrar del todo la memoria de don Marcelino, y en la que nunca dejará de resonar inmensa y decidora la justa nombradía de un Miguel de Unamuno, cuya sola mención inmediatamente pareciera sugerir un decidor paralelismo con la trayectoria y la herencia intelectual de Isaiah Berlin. Pues he aquí a dos pensadores insignes cuya curiosidad y afición

por el estudio rebasaron todas las barreras levantadas por las burocracias letradas para aislar las disciplinas humanísticas la una de la otra; he aquí a dos intelectuales de verdad cuyas cátedras y escritos justificaron en su época, y abundantemente, su gran reputación, pero que además no rehusaron posiciones de elevada responsabilidad, el uno como Rector de la Universidad de Salamanca, el otro como presidente de Wolfson College, en la Universidad de Oxford, no como premios, sinecuras, ni requisitos para obtener fama o popularidad, sino como un deber cívico, quizás no muy alejado del noble temor socrático que obliga al hombre justo a aceptar el liderazgo de la cosa pública movido por el miedo a la humillante alternativa de tener que servir bajo segundones.

Una vez planteado este paralelo, resalta de inmediato el hecho de que ambos publicaron volúmenes de ensayos bajo títulos y conceptos reveladoramente similares; ¿quién puede no traer a la memoria la impronta unamuniana del 1912, en *Contra Esto y Aquello*, al leer los ensayos de Isaiah Berlin que desde 1980 navegan por esos mundos bajo el título *Against the Current?* Además, ¿cómo ignorar la tenaz y duradera resistencia que ambos eminentes pensadores opusieron a cualquier intentona de encasillamiento partidista? Mientras vivieron, no faltaron quienes con mañosas o buenas intenciones trataron de reclamarles para tales usos, pero siempre sin éxito. En 1936, Unamuno escribió una de sus más gloriosas páginas cuando con valentía característica castigó la insolencia de un jerarca militar desde el púlpito de la rectoría salmantina, pero quienes pensaron que aquel incidente le había ungido soldado de la república, quedaron tan defraudados como aquellos que antes habían contado con su oposición incondicional a los desmanes anticlericales, y su muerte, acaecida a poco de iniciarse la guerra civil, aseguró la inmortalidad de su formidable ejemplo¹.

Guardadas las distancias —la Gran Bretaña de nuestros días no ha sufrido ningún conflicto remotamente comparable con la tragedia española—, algo similar ocurrió con Isaiah Berlin, y no escasearon quienes quedaron igualmente frustrados cuando pretendieron reclutar su autoridad y renombre para adelantar este o aquel partido político, puesto que si bien

¹ El memorable enfrentamiento ocurrió en 1936, durante la celebración del Día de la Raza en la Universidad de Salamanca. Unamuno, Rector de la Universidad, presidía la ceremonia, y entre los asistentes se encontraban nada menos que la esposa de Francisco Franco, el obispo de Salamanca y el muy visible general José Millán Astray, a cuyos desatinados gritos de “¡Viva la muerte!” y “¡Abajo la inteligencia!”, Unamuno respondió con un coraje, severidad y nobleza imborrables en los anales de la intelectualidad española. Hugh Thomas, *The Spanish Civil War* (1961), Libro Cuarto, capítulo 42.

nunca dio pábulo para la más ínfima vacilación en su rechazo a toda ideología de corte utópico, y especialmente a las infecciones ideológicas socialistas y comunistas, tampoco aceptó cercenar su libertad intelectual aceptando la disciplina que necesariamente impone el alistarse bajo banderas partidistas.

Más aún, la testaruda religiosidad de don Miguel, escéptica, personal y polémica, pero no por esto menos acendrada, puede legítimamente ser considerada como la contrapartida del robusto y latitudinario sionismo de Isaiah Berlin. En ambos casos es imposible cuestionar la sinceridad del apego que ambos tuvieron por la fe de sus antepasados, pero asimismo habría que estirar mucho la cuerda para describir a uno u otro como adalid ejemplar de sus respectivas ortodoxias religiosas. También admite comparación la autoridad indiscutible que ambos tuvieron, y siguen teniendo, en el campo de la Filosofía, aun cuando ninguno de los dos estuvo muy a sus anchas sirviendo bajo las banderas de la profesión. Escribiendo acerca de “Unamuno y la Filosofía”, Paulino Garagorri observó que “[p]ara analizar el pensamiento de Unamuno en términos filosóficos es necesario tener presente que no escribió libros de filosofía de carácter ‘profesional’ y, sin embargo, su trato con ella no es el de un escritor que incurre en la filosofía sin saberlo. Su relación fue activa y consciente pero [...] negativa. Unamuno penetró en la filosofía, pero lo hizo sobre todo para rechazarla”². Igual comentario puede hacerse acerca del temprano distanciamiento de Isaiah Berlin de la práctica profesional y la enseñanza de la filosofía analítica entonces dominante en las aulas inglesas, especialmente en su propia Universidad de Oxford y, quizás más decidor, el que su maciza contribución a la mejor comprensión de problemas principales de la filosofía haya sido recibida con frialdad en los círculos académicos ortodoxos³.

Pero el extraño paralelo se extiende más allá. Al mismo tiempo que nadie puede albergar dudas acerca del macizo españolismo de don Miguel, asimismo el gran pensador se encargó en numerosas e inolvidables páginas de asegurarse que sus lectores quedaran bien enterados de sus raíces y lealtades vascongadas, que él estimaba esenciales para empezar siquiera a comprender lo que significaba ser español. “Yo amo a la patria común con el amor ideal de un espíritu que busca la armonía, con amor nacido al nacer su historia, y amo a la patria del campanario con el amor real que busca la médula del alma, con amor que nació conmigo.” Y para mayor abunda-

² Paulino Garagorri, “Unamuno y la Filosofía” (1965), p. 117.

³ Éste es un aspecto de la vida de Berlin que ha merecido atención, y desde luego, hay que mencionar la existencia de un volumen importante dedicado en gran parte a elucidar este problema; véase John Gray, *Isaiah Berlin* (1995), especialmente pp. 5-9.

miento, “[...] hoy hay vascos en todas partes [...] es español en España, francés en Francia, americano en América y vasco en todas partes”. Tales apreciaciones también abrieron la puerta, entre otras, a una de las más citadas anécdotas del copioso anecdotario de don Miguel, aquella del discurso en que se dirigió repetidamente a sus escuchas como “africanos”, y ante las protestas de quienes gritaban “No, ¡españoles!”, replicó, “africanos, por cierto, pero de primera clase; mucho mejor ser africanos de primera clase que europeos de segunda”. Y más allá, que mucho más les convendría a los vascos abrazar la cultura de Castilla, que resistirla, refugiados en un separatismo estéril y obsoleto, penosamente reflejado, por ejemplo, en el afán de mantener vivo el vascuence; “Yo soy vasco [...] y he sostenido que el vascuence se muere muy de prisa y que nos conviene a los vascongados que se muera. Pero a la vez dije y sostuve, como lo digo y sostengo, que al adoptar el castellano, el idioma de setenta y tantos millones de hombres, no debemos resignarnos a adoptarlo pasivamente [...] sino que hemos de tirar a infundir en él nuestro espíritu, a hablarlo de nuestro modo [...] Yo, escribiendo castellano, me creo tanto o más vasco que los más de mis paisanos que escriben en vascuence, y les llevo la ventaja de que mi palabra será más oída que la suya”⁴.

Aunque parezca extraño, Isaiah Berlin barajó conceptos similares, pero que llevaron a resultados diferentes. Observando, por ejemplo, que hay judíos que residen prósperos y tranquilos en las más diversas regiones del globo; aquéllos en Canadá son canadienses; en Colombia, colombianos; en Grecia, griegos; en Portugal, portugueses, y finlandeses en Finlandia, anotó asimismo que dondequiera se encontraran, continuaban siendo decididamente judíos. Respondiendo a una pregunta acerca de su importante apoyo al movimiento sionista, explicó que éste no se debía a una preocupación por preservar la cultura judía, los valores judíos, o las muchas y muy admirables cosas hechas por los judíos⁵. “El precio es demasiado alto; el martirio demasiado largo. Si se me preguntara ‘¿Querría Ud. conservar esta cultura judía a todo precio?’, no estoy seguro que contestaría afirmativamente. No es posible condenar a un pueblo a la persecución permanente.” En cuanto a las bondades de una política de asimilación cultural, agregó:

⁴ “In Permanent Opposition”, nota crítica acerca del libro de Arturo Barea titulado *Unamuno* (Cambridge, 1952), en *The Times Literary Supplement*, 5 de diciembre, 1952, p. 801; Miguel de Unamuno, “Sobre el Criollismo” [1903] (1968), pp. 133-135.

⁵ Berlin colaboró toda su vida con el movimiento sionista, incluso durante el trágico período que precedió al establecimiento del Estado de Israel, cuando tal apoyo se contradecía con la posición oficial del Foreign Office. Más adelante, fue valioso asesor tanto de Weizmann como de Ben-Gurion, y ambos estadistas intentaron infructuosamente que aceptara una posición de importancia en el gobierno del nuevo Estado.

“Quizás la asimilación conduzca a algo que valga la pena, pero hasta ahora no ha tenido el éxito que se esperaba y me temo que nunca lo tendrá. Jamás he conocido a un judío que no lleve adentro siquiera una pequeñísima dosis de intranquilidad respecto de su aceptación por parte de los ‘otros’, de ‘ellos’, de la mayoría que les rodea. Puede que esta mayoría sea hospitalaria y amable y (los judíos) se sientan muy felices, pero no pueden olvidar que para que esto ocurra, deben comportarse particularmente bien, puesto que si no lo hacen, ‘ellos’ se disgustaran”⁶.

Tales afirmaciones desconciertan en cualquier caso, pero especialmente viniendo de sir Isaiah, cuya abrumadora aceptación dentro del mundo académico y social de Inglaterra bien puede haber sido la más exitosa de la historia. Universalmente respetado y admirado, recibiendo la aprobación entusiasta tanto de la *intelligentsia* como de la realeza, galardonado con los más altos honores de su país adoptivo, incluyendo la Orden al Mérito, la más exclusiva y prestigiosa de todas, y gozando de la amistad de figuras descollantes de nuestra época, entre otros, de Nehru y Freud, Stravinsky y Boris Pasternak, Lewis Namier y Maurice Bowra, Virginia Woolf y T. S. Eliot, W. H. Auden y Chaim Weizmann, Edmund Wilson y Aldous Huxley, Stuart Hampshire, Anna Akhmatova, Albert Einstein, Alfred Brendel, Felix Frankfurter y Bertrand Russell, es muy difícil aceptar que desde su punto de vista el proceso de asimilación cultural no haya logrado un éxito clamoroso e irrefutable. Sin embargo, tanto el vasco Unamuno, enamorado de Castilla y quizás, a su manera, más español que los españoles, como el judío de Latvia, decididamente más inglés que los ingleses, nunca dejaron de sentirse afuerinos, pero mientras Unamuno, con ciertas salvedades, resolvió el problema abogando por la asimilación cultural, Berlin lo hizo abrazando la causa sionista y la creación del Estado de Israel⁷. Está muy claro que su convicción sionista reflejó estas inquietudes, y se orientó valerosa y precisamente a la consolidación de un territorio propio donde los judíos se

⁶ Marilyn Berger, “Isaiah Berlin, Philosopher and Pluralist, is Dead at 88” (1998), p. C24. Esta interpretación es virtualmente similar a la de su amigo Albert Einstein, cuyo vigoroso apoyo al establecimiento de una nación judía con territorio propio se basaba por lo menos en parte en la convicción de que “No importa con cuánto éxito se adapten los judíos al lenguaje, los modales e incluso las formas religiosas de los pueblos europeos donde viven, la sensación de extrañamiento entre ellos y sus anfitriones nunca desaparece [...]. No basta que los judíos contribuyan individualmente al desarrollo cultural del género humano; deben también aceptar responsabilidad por las tareas civilizatorias que solamente las naciones pueden llevar adelante. Sólo así podrán los judíos realmente gozar de tranquilidad, bienestar y armonía social [...]” Einstein citado en Isaiah Berlin, “Einstein and Israel” (1980a), pp. 147-148.

⁷ Esta discutible condición de forasteros incluso dentro de la sociedad que presumiblemente les ha ofrecido acogida incondicional, es examinada meticulosamente por Berlin usando los casos de Disraeli y Marx, en un notable ensayo titulado “Benjamin Disraeli, Karl Marx and the Search for Identity” (1980b).

sintieran verdaderamente liberados de la preocupación de tener que complacer a sus anfitriones; una patria judía dentro de la cual siempre serían ciudadanos de primera clase; pero además tocó problemas más generales, interesantemente compatibles con las apreciaciones de Unamuno acerca de las cuestiones vascongadas. Desde luego, la respuesta de Berlin a quienes se mostraban extrañados de que no viviera en Israel, hubiera sido la misma de Unamuno a quien le preguntara por qué no residía en Bilbao, y esto es que así como a nadie llama la atención que haya franceses que no residan en Francia, paraguayos que no viven en Paraguay y búlgaros que se ausentan de Bulgaria por largos años, no hay por qué extrañarse que haya vascos, sumamente vascos, que residen en Salamanca, y judíos muy sionistas, viviendo en Oxford. Tales apreciaciones —acerca de las cuales más de una vez tuve oportunidad de conversar con Isaiah Berlin, analizando la naturaleza y auge del nacionalismo contemporáneo— lo llevaron a comprender sin dificultad las complejas lealtades manifiestas, por ejemplo, en Chile, durante la segunda guerra mundial, cuando no pocos jóvenes, de tercera y cuarta generación criolla, acudieron voluntariamente a luchar bajo las banderas francesas, británicas y alemanas de sus antepasados inmigrantes.

Hasta aquí se justificaría el sugerente paralelismo entre estos dos insignes ensayistas, pero sólo hasta aquí, porque es difícil imaginar un contraste más dramático que aquel entre el reconocimiento, afecto y admiración que han sostenido y seguramente continuarán sosteniendo por mucho tiempo la amable y simpática reputación de Isaiah Berlin, con la gloria de Unamuno que, tal como lo indicara Savater, “es litigiosa, pugnaz, pródiga en ironía y escándalo, en dudas y reconvenciones”⁸. El uno liberal, el otro libertario; el uno ejemplificando la elegancia y cortesía del gran mundo intelectual; el otro, la audacia enraizada en el terruño, inspirada, irreverente y castiza. Es importante agregar además que, aparte de algunas notables traducciones, la magnífica creatividad de Berlin se expresó casi exclusivamente en luminosos ensayos, mientras que la de Unamuno también encontró cauces en la novela, el cuento y la poesía.

Estas claras divergencias reclaman explicaciones de corte biográfico que es menester postergar para mejor ocasión; por ahora basta anotarlas y volver al cauce principal de estas notas observando que aun cuando se justifique denominar “Maestro de la Juventud” a Isaiah Berlin, el galardón parecería insuficiente, puesto que su contribución a la vida intelectual de nuestra época fue mucho más allá del ámbito académico; sus escritos, espe-

⁸ Fernando Savater, “Miguel de Unamuno: La Ascensión Eterna”. Prólogo de la obra *Del Sentimiento Trágico de la Vida* (1986).

cialmente, sirvieron como magnífica espada conceptual para defender las libertades y responsabilidades de la condición humana contra el implacable asedio de quienes pretendieron, con tan desastrosas consecuencias, imponer sombrías ingenierías sociales de los recetarios marxistas, fascistas, leninistas, socialistas, nacistas y comunistas a nuestro siglo veinte. Más justo y apropiado otorgarle el título de “Humanitatis Magister”, como me he permitido hacerlo en el encabezamiento de estas notas, puesto que su magisterio no reconoció fronteras, remontándose tanto sobre las de su nación de origen como sobre las de aquella que lo acogió cuando junto con su familia se puso a buena distancia de la peor tiranía de la historia.

Paralelismos como éste, entre Berlin y Unamuno, que podrían ser informativos y a veces hasta esclarecedores, se atenúan necesariamente cuando sólo uno de los trazos aparece claramente delineado. Tal posibilidad se vislumbra aquí, pues es muy posible que el conocimiento cabal que en Chile y en nuestra América existe acerca de todo lo unamuniano, camine de la mano con un desconocimiento igualmente generalizado tanto de la vida como de la obra de Isaiah Berlin, cuyo fallecimiento, el 6 de noviembre de 1997, en su residencia de Headington, pueblito vecino a la ciudad universitaria de Oxford, causó consternación en el gran ámbito académico y literario, no escaseando los comentaristas que le asignaron un sitial señero en la historia intelectual de nuestro siglo tanto por su erudición y originalidad, como por su extraordinaria influencia sobre algunas de las principales corrientes del pensamiento.

Nada de esto es novedoso en Europa occidental y oriental, especialmente en Rusia, Alemania, Francia, Italia y los países bálticos, y más allá, en Israel, India, Japón, Australia, Nueva Zelandia y los Estados Unidos, donde sus escritos forman parte esencial del bagaje bibliográfico académico, pero por razones que desconozco, aunque me las imagino relacionadas con la dificultad de obtener buenas traducciones de sus escritos, pareciera que su renombre e influencia son menos evidentes en el mundo de habla hispana. Esto es particularmente de lamentar puesto que muchas de sus ideas, especialmente aquéllas anejas a los conceptos de libertad, la inevitabilidad histórica y el pluralismo cultural, parecerían tener especial vigencia contemporánea en nuestra América, mientras que sus incisivos estudios acerca de la Ilustración y la Contra-Ilustración, la literatura rusa, el nacionalismo, y la obra de Vico, Herder, Marx, Tolstoi y Herzen, han revolucionado las tareas intelectuales de nuestro tiempo.

El momento es oportuno para entregar en estas prestigiosas páginas algunas breves noticias acerca de la vida y el pensamiento de este insigne hombre de letras.

Isaiah Berlin nació el 6 de junio de 1909, hijo único de Mendel y Marie Berlin, en el seno de una acomodada familia de Riga, la ciudad capital de Letonia [Latvia], entonces parte del imperio zarista. Sus padres eran judíos secularizados, pero sus abuelos fueron piosos “Chabad Hasidim”, miembros de la secta hoy denominada “Lubavich”. Mendel Berlin era dueño de una próspera compañía maderera cuyo rubro principal consistía en proveer durmientes para la extensa red ferroviaria rusa entonces en plena construcción. En 1915, ya entrada la primera guerra mundial, la familia se trasladó primero al pueblo ruso de Andreapol, al este de Riga, y luego, en el fatídico año de 1917, a la ciudad de Petrogrado, donde el precoz niño de ocho años fue testigo de los desmanes que acompañaron la desintegración de la Rusia de los zares y el establecimiento del régimen bolchevique. Esta decisora experiencia incluyó presenciar cómo una turba enardecida arrastraba a un aterrado policía municipal cuyo uniforme, considerado evidencia de lealtad al régimen zarista, le había condenado al linchamiento, macabro episodio que dejó una indeleble impresión en la mente del niño. Más adelante, a los doce años de edad, cuando junto con su familia ya residía en Inglaterra, el joven Berlin escribió un cuento corto, su primera obra en inglés, lengua que apenas conocía, en el que se perciben ecos de aquella experiencia. Este cuento acaba de aparecer publicado en *The New York Review of Books* bajo el título “The Purpose Justifies the Ways”, lema favorito de Moise Solomonovich Uritsky, Comisario de Asuntos Internos de la Comuna Regional Norte de la Unión Soviética, cuya muerte a manos de un ruso blanco, hacia fines de 1918, es el tema central de este primer esfuerzo literario⁹. Por aquel entonces, Berlin cursaba estudios secundarios en St. Paul’s, el prestigioso colegio londinense en el cual, como lo explicara muchos años más tarde, nunca descolló, contentándose con cómodos quintos, séptimos u octavos lugares en su clase, que culminaron en un segundo puesto obtenido en su último año escolar, que, según confesó más tarde, le había costado muchísimo trabajo. Su niñez la describió como “sumamente feliz”, en parte porque sus padres nunca le apremiaron aun cuando estaban convencidos de su capacidad para obtener mejores resultados. Concluidos sus estudios secundarios, obtuvo una beca que lo llevó a los claustros del colegio de Corpus Christi, en la Universidad de Oxford, donde su auspiciosa afición por los problemas de la filosofía contemporánea recibió un decisivo aliento.

Al completar sus estudios en Oxford intentó —sin éxito— ingresar al periodismo (el director del *Manchester Guardian* rechazó su solicitud

⁹ Isaiah Berlin, “The Purpose Justifies the Ways” (1998a), pp. 52-53.

cuando el joven Berlin le informó que se consideraba un escritor muy mediocre); al ámbito financiero y comercial (luego de un almuerzo formal con su padre y otros hombres de negocios, se declaró incapaz de trabajar con personas cuyos chistes eran tan poco divertidos); y al estudio del derecho. Precisamente cuando, en 1932, a la edad de veintitrés años, se disponía a iniciar sus estudios de leyes, recibió una invitación a ocupar un cargo docente en filosofía en el New College, de la Universidad de Oxford, al mismo tiempo que obtenía uno de los preciados *fellowships* del colegio de All Souls. Fue este el primer *fellowship* otorgado a un judío en la historia más que centenaria de aquel exclusivísimo colegio de graduados con el cual permaneció vinculado el resto su vida; la Universidad de Oxford había reconocido su talento y lo reclamaba para sí, y durante el tenso periodo que precedió la guerra mundial, Berlin tuvo una participación protagónica en los círculos intelectuales más exclusivos e influyentes de la venerable casa de estudios.

Fue durante esos años en Oxford que entabló amistad con académicos de tan diversas convicciones como Bertrand Russell, R. H. S. Crossman, Stephen Spender, Gilbert Ryle y Donald MacKinnon, pero especialmente con J. L. Austin y A. J. Ayer, quienes tuvieron un papel decisivo alentando el estudio de la filosofía analítica que pronto llenaría los horizontes académicos de la Universidad. Los aposentos del joven académico, en All Souls, pasaron a ser el lugar de reunión de las ahora legendarias tertulias de los jueves, frecuentadas por un selectísimo grupo de filósofos que además de Austin y Ayer, incluyó a Stuart Hampshire, A. D. Woozley y Donald MacNabb¹⁰. Estas discusiones, a la vez informales y extraordinariamente eruditas, giraron en parte alrededor de temas e ideas emanadas del Círculo de Viena, muchos de cuyos miembros eran discípulos de G. E. Moore y Bertrand Russell, filósofos de la Universidad de Cambridge cuyos planteamientos habían sido a su vez poderosamente influenciados, si no modificados, por Ludwig Wittgenstein y Rudolf Carnap. Entre los temas que predominaron en esas conversaciones se destacaba el problema de la verosimilitud y significado de las proposiciones, su relación con el conocimiento, la opinión y la verificación¹¹. La moda filosófica imperante en Oxford hacia ese entonces sostenía que significado y verosimilitud eran funciones del proceso de verificación, por consiguiente, si la verificación empírica de una afirmación no era posible, se podía concluir que tal afirma-

¹⁰ Isaiah Berlin, "J. L. Austin and the Early Beginnings of Oxford Philosophy" (1980c), p. 108.

¹¹ No está de más anotar que el principal exponente del verificacionismo filosófico fue precisamente A. J. Ayer, especialmente en su obra *Language, Truth and Logic* (1936).

ción carecía de significado. Pero esto formaba sólo una parte del itinerario temático de aquellas fructíferas veladas que incluyeron además la reconsideración del fenomenalismo, la existencia y validez de verdades *a priori*, la lógica, o falta de ella, de las afirmaciones contrarias a lo factual y el carácter y significado de lo que debe entenderse por “percepción”. Ahora sabemos que todo esto desembocó en una impenetrable selva de malabarismos semánticos cuyas precisiones y requerimientos metodológicos garantizaron la virtual imposibilidad de considerar los problemas morales y políticos de la condición humana, puesto que casi sin excepción éstos fueron percibidos como desordenados, a veces caóticos, e invariablemente reacios a aceptar las precisiones metodológicas de la filosofía analítica.

Isaiah Berlin ha descrito aquellas discusiones de los jueves como las más animadas e interesantes de su vida académica, anotando sin embargo su propio creciente interés por la filosofía política en general y la historia de las ideas, en particular. Este interés recibió temprano e inesperado aliento en la forma de una comisión del historiador H. A. L. Fisher, entonces el *Warden* (Rector) de New College, para escribir una biografía de Karl Marx cuyas ideas, según Berlin declaró más adelante, nunca le parecieron particularmente interesantes u originales¹². Sin embargo, investigando los orígenes del dogmatismo marxista, encontró algunas de sus más profundas raíces en las simplezas y certezas racionalistas del siglo de las luces que, por lo menos en esto, no se apartó de las tradiciones quirománticas asociadas con la búsqueda de piedras filosofales y verdades absolutas que para Berlin siempre fueron empresas tan ilusorias como peligrosas.

La publicación, en 1939, de su magnífico estudio sobre la vida y obra de Karl Marx —quizás el primero realmente objetivo acerca de este tema— coincidió con el estallido de la guerra, y ambos eventos contribuyeron a acelerar su gradual alejamiento del ámbito filosófico profesional y su reorientación hacia la filosofía política y la historia de las ideas. Durante el conflicto, Isaiah Berlin se incorporó a la Oficina de Asuntos Exteriores del Reino Unido, como primer secretario de lord Halifax, en la embajada británica en Washington. Una de las responsabilidades de este cargo era la redacción de informes semanales acerca de las circunstancias políticas y sociales de los Estados Unidos, tarea que exigía buen sentido y meticulosidad, pero que no tenía nada que ver con el papel de espía profesional que desde entonces le endilgara la K.G.B. Estos informes, famosos hasta el día de hoy por su claridad incisiva, su delicado sentido del humor y lo acertado

¹² Isaiah Berlin, “My Intellectual Path” (1998b), p. 54; el estudio sobre Marx apareció en 1939 bajo el título *Karl Marx, His Life and Environment*, y desde entonces ha tenido múltiples ediciones, la más reciente en 1995.

de sus observaciones, pronto fueron lectura obligada para los cuadros rectores de la política británica, empezando por Winston Churchill, y contribuyeron importantemente a cimentar la ya notable reputación del autor¹³. Acerca de esto, circula por ahí una historia —quizás apócrifa— que cuenta que Churchill, intrigado por la calidad excepcional de estos escritos, pidió conocer al autor cuando se presentara una oportunidad. Poco tiempo después, en 1944, llegó de visita a Londres el compositor Irving Berlin, a quien se le extendió inmediatamente una invitación a almorzar con el Primer Ministro. El líder del mundo libre procedió luego, característicamente, a interrogar al desconcertado músico acerca de las posibilidades que Roosevelt tenía de ser reelegido a la presidencia, y otros temas políticos por el estilo. Concluido el almuerzo, el Primer Ministro, visiblemente desilusionado, comentó que el Sr. Berlin era mucho mejor escritor que interlocutor, monumental error corregido en la postguerra cuando conoció al verdadero I. Berlin, cuyo talento descollante era precisamente el de conversador inmensamente ameno, y en media docena de lenguas, siempre ágil, cordial, y tan erudito como generoso con sus ideas que derramaba en borbotones a tal velocidad que sus palabras eran apenas inteligibles, aunque invariablemente fascinantes. Estos torrentes verbales tenían un efecto casi hipnótico sobre sus auditores e interlocutores y no atenuaron en nada su merecida fama como uno de los mejores y más populares conferencistas de la época. Por ahí se rumoreó que alguien, armado de cronómetro y grabadora, confirmó que en una conferencia dictada ante un público académico, Berlin alcanzó la velocidad de cuatrocientas palabras por minuto, proeza que pareciera ser difícil de igualar y quizás imposible de superar¹⁴.

En 1945, Berlin fue enviado por unos meses a la embajada británica en Moscú, en esos momentos escasa de personal que dominara el idioma ruso. Fue ésta su primera visita a Rusia desde 1919, cuando su familia emigró a Inglaterra. No está de más recordar que, en 1945, las relaciones entre la Unión Soviética y las potencias democráticas pasaban por un momento excepcionalmente amable; la proeza militar y humana del pueblo soviético durante el enfrentamiento con la agresión nazi había atenuado hasta la insignificancia las bien documentadas demasías del comunismo durante la década de 1930. En tales circunstancias, denunciar los abusos del régimen stalinista hubiera parecido totalmente fuera de lugar. Ahora sabemos, por supuesto, que lo que estaba ocurriendo entonces dentro de la

¹³ Muchos de estos informes aparecieron publicados en H. G. Nicholas (ed.), *Washington Despatches, 1941-1945: Weekly Political Reports from the British Embassy* (1985).

¹⁴ Esta información aparece citada en la nota fúnebre del *The Daily Telegraph*, de Londres, del 7 de noviembre de 1997, p. 31.

Unión Soviética no se apartaba de los peores excesos de las décadas anteriores al conflicto. Las prisiones siberianas continuaban llenas de presos políticos, y escritores y artistas vivían amedrentados por la doble amenaza de la represión física brutal y directa, o la opción degradante de comprar sus vidas con ignominiosas delaciones. En este clima de terror, la conversación más inocente de un escritor ruso con un diplomático británico acarrea riesgos difíciles de exagerar.

Para Berlin, esta visita marcó un emotivo reencuentro con las memorias de su niñez y con la gran tradición cultural que tanto había estudiado y admirado desde lejos, pero principalmente la oportunidad para su crucial primer encuentro con Anna Akhmatova y Boris Pasternak. Estas experiencias contribuyeron decisivamente a completar el cambio de rumbo de su vida intelectual transformando la ruta a Moscú en un convincente “camino a Damasco”. Durante las décadas siguientes, Isaiah Berlin escribió un gran número de ensayos, entre los que sobresalen media docena que son gloria de las letras inglesas contemporáneas y del pensamiento político, histórico y literario de nuestro tiempo, y los seis resultaron directa o indirectamente de reflexiones motivadas por este viaje a Rusia. Son éstos, a mi entender: “Inevitabilidad Histórica” y “El Puercoespín y el Zorro”, ambos publicados en 1953; “Dos Conceptos de la Libertad”, en 1958; “Las Ideas Filosóficas de Giambattista Vico” y “Herder and the Enlightenment”, en 1976; y “Encuentros con Escritores Rusos en 1945 y 1946”, en 1980¹⁵.

Sería una presunción intolerable siquiera intentar parafrasear una realización literaria de la importancia de estos ensayos, pero al mismo tiempo no es posible seguir adelante sin referirse, aunque sucintamente, a parte de lo que en ellos se expone, especialmente en el primero en ser escrito pero último en ser publicado, en el que Berlin hace recuerdos acerca de su visita a la Unión Soviética, puesto que ayuda a comprender el giro que tomó su trabajo académico a partir desde entonces. Este ensayo incluye algunas de las más memorables páginas escritas por Berlin, en las que con elocuencia conmovedora describe su ahora famosísimo encuentro con la gran poetisa Anna Akhmatova, en su desmantelado apartamento del Leningrado que recién empezaba a revivir luego de los horrores y privaciones del bloqueo nazi. Llevándole una veintena de años a su visitante, ajada por las

¹⁵ “Historical Inevitability”, The Auguste Comte Memorial Lecture, 12 de mayo de 1953, dictada en la London School of Economics and Political Science (1997a), pp. 119-190; “The Hedgehog and the Fox”, [1953] (1997b), pp. 436-498; “Two Concepts of Liberty”, conferencia inaugural para la cátedra Chichele en teoría social y política, Universidad de Oxford, 31 de octubre de 1958 (1997c), pp.191-242; y “Meetings with Russian Writers in 1945 and 1946” (1980d), pp. 156-210; “The Philosophical Ideas of Giambattista Vico” (1976a) y “Herder and the Enlightenment” (1976b), pp. 1-142.

miserias de la guerra y la persecución del régimen que dos veces la llevó injustamente a prisión y relegó a su hijo a Siberia, Berlin describe a la Akhmatova como una mujer “inmensamente digna, de gestos mesurados, noble semblante, con rasgos tan hermosos como severos, y una expresión de tristeza infinita”, agregando, “[I]e hice una reverencia —me pareció lo más apropiado puesto que tenía la presencia y comportamiento de una reina de tragedia [...]”¹⁶.

Aquel primer y memorable encuentro duró toda la noche y hasta casi el mediodía siguiente. Conversaron sin descanso, acerca de artistas y escritores que habían logrado escapar a Occidente, y sobre cuya suerte y trabajos, si es que continuaban escribiendo, nada se sabía en la Unión Soviética; pero también conversaron acerca de Shelley, Baudelaire, Verlaine y Rimbaud, de lo poco que le habían impresionado a la Akhmatova los excesos de los simbolistas y de su amistad con Modigliani, a quien conoció en su última visita a París, en 1911, y quien le hizo varios retratos; discurrieron también acerca de la traza física y espiritual del Renacimiento florentino; acerca de Goethe, T. S. Eliot, Pushkin, Bertrand Russell y Mozart; del intenso disgusto de la poetisa con la hipocresía moral de Tolstoi que, según ella, se había dejado influenciar demasiado por sus tías y su mujer, Sofía Andreevna; de su admiración por Dostoievsky y Kafka, y por su esposo, el poeta Nikolay Gumilev, ejecutado en 1921, falsamente acusado de conspirar contra Lenin¹⁷.

Bien pasada la medianoche, la poetisa recitó de memoria y en aporeado inglés, versos del *Don Juan* de Byron, y luego algunos de sus propios poemas, incluyendo su *Requiem*, y su entonces aún inconclusa obra maestra, *Poema sin Héroe*, que más adelante re-dedicaría al misterioso “visitante del futuro”, como prefirió referirse a Isaiah Berlin, con quien desde ese momento quedó unida con un fuerte lazo afectivo e intelectual.

No hay lugar aquí para más detalles, pero es importante notar que Berlin deja muy en claro que la Akhmatova nunca criticó a la Unión Soviética, ni en público ni en privado. Se puede afirmar, sin embargo, parafraseando a Alexander Herzen, que toda su vida y su obra fueron ininterrumpi-

¹⁶ Berlin, “Meetings with Russian Writers in 1945 and 1946” (1980d), p. 190.

¹⁷ Gumilev tiene el melancólico honor de ser el primer escritor de nota fusilado por el régimen comunista cuya tumba se desconoce. Otros principales escritores cuyo entusiasmo y obras adornaron los primeros años de la revolución y que intentaron, infructuosamente, continuar trabajando al margen de la vorágine política, fueron Alexander Blok, muerto en 1921, totalmente desilusionado con el monstruo bolchevique que había ayudado a traer al mundo; Sergei Esenin, quien se suicidó en 1925; Osip Mandelstam muerto en prisión en 1939. Véase Richard Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime* (1993), pp. 297-301.

das acusaciones contra los vejámenes perpetrados por los comunistas contra su patria rusa¹⁸.

Además de Anna Akhmatova, Berlin conoció a varios otros escritores y artistas, entre ellos, a Boris Pasternak, quien puso en sus manos los primeros capítulos de su nueva novela, con el sigiloso encargo de entregarlos a sus hermanas, Lydia y Josephine, que en ese entonces residían en Oxford. Once años más tarde, Berlin volvió a Rusia, y Pasternak le entregó el resto del manuscrito de *Doctor Zhivago*, con el encargo de asegurar su traducción y publicación en Occidente¹⁹. Isaiah Berlin se refiere a Pasternak como “un patriota ruso”, que poseía una apreciación exacerbada por las raíces históricas con que se sentía unido a su país de origen. Le agradaba sobremanera, por ejemplo, pasar los veranos en una finca de descanso para escritores en la aldea de Peredelkino, precisamente porque antes de la revolución bolchevique ésta había formado parte de una propiedad rural perteneciente al gran prócer eslavófilo Yury Samarin. Para Pasternak la gran tradición rusa descendía del pasado cuasimitológico de Sadko y los Stroganovs, directamente a Pushkin, Lermontov, Tolstoi, Fet, Bunin y a los eslavófilos, dando un gran rodeo que evitaba el contagio con la *intelligentsia* europeizante, liberal y revolucionaria que, tal como afirmaba Tolstoi, era incapaz de comprender los motivos profundos de la condición humana. Este deseo apasionado, casi obsesivo, de ser considerado como un escritor esencialmente ruso, con raíces profundas en la historia de su nación, se hizo particularmente evidente en el rechazo de sus orígenes judíos, tema acerca del cual le desagradaba siquiera conversar, expresando su decidida preferencia por la asimilación generalizada y absoluta de los judíos dentro de las culturas que les habían dado acogida²⁰.

Quizás sea precisamente porque no fue escrito con tal propósito, este ensayo de Isaiah Berlin contribuyó decididamente, en los días postremos de la guerra fría, a esclarecer las dudas que todavía persistían en algunos círculos occidentales acerca de los estragos causados por el patológico

¹⁸ Berlin, *Personal Impressions* (1980e), p. 207. Por otra parte, en 1950 Akhmatova compuso algunos poemas alabando a Stalin y su liderazgo en un intento desesperado por obtener la libertad de su hijo, quien había sido enviado a Siberia en 1949. “Donde está Stalin”, escribió Akhmatova, “hay libertad, paz, y todo lo grandioso de la tierra.” La ironía de esta escandalosa adulación escapó por supuesto a la comprensión del jerarca.

¹⁹ Berlin leyó el libro esa misma noche e inmediatamente se dio cuenta que era una obra de genio, pero que publicarla en el mundo libre sin permiso de las autoridades soviéticas podía acarrear riesgos inaceptables para Pasternak. El camino, sin embargo, estaba expedito porque el autor había firmado un contrato de publicación con la editorial comunista Feltrinelli. Fue Berlin, sin embargo, quien se encargó de obtener una traducción inglesa digna del original. Berlin, *Personal Impressions* (1980e), pp. 185-186.

²⁰ Berlin, “Meetings with Russian Writers in 1945 and 1946” (1980d), p. 179.

antiintelectualismo de Zhdanov y Stalin. Ahora sabemos, gracias a la apertura de los archivos de la policía secreta del régimen, que el dictador abrigaba temores absurdos acerca del papel que podría corresponder a la Akhmatova en una imaginaria conspiración contra el régimen comunista y tuvo especial interés en mantenerla aislada de todo contacto con la vida intelectual del mundo libre. Cabe agregar aquí que la poetisa, algo dada también a la exageración, estaba convencida de que la guerra fría se había iniciado como consecuencia de la reacción paranoica de Stalin al ser informado acerca de sus conversaciones con Isaiah Berlin²¹.

Fueron estos memorables encuentros con seres humanos capaces de resistir con dignidad y noble porfía la represión más brutal de la historia sin siquiera pensar en la opción del exilio y, muy importante, sin prestarse a ser usados contra lo que nunca dejaron de considerar su muy propia patria rusa, y además sin dejar de realizarse como escritores de genio, los que terminaron por distanciar a Berlin de los ejercicios lingüísticos de la filosofía analítica, empujándolo definitivamente en la dirección de su nuevo interés por la historia de las ideas y la filosofía política y social.

El trabajo que primero reflejó esta nueva dirección fue el ahora muy famoso ensayo “Inevitabilidad Histórica”, que basó en una conferencia conmemorando al mismísimo Auguste Comte, fundador de la disciplina sociológica, dictada el 12 de mayo de 1953 en la “London School of Economics and Political Science” de la Universidad de Londres, y dedicada a la destrucción sistemática de las construcciones comtianas. Fue así como conocí a Isaiah Berlin. Su conferencia había sido anunciada profusamente, pero yo estaba reacio a asistir; la fama del conferencista le había precedido y no me atraía dedicar media tarde a una diatriba derechista en contra de todo lo que mis compañeros de estudio y yo más admirábamos, incluyendo, desde luego, la proeza soviética y la ingeniería social preconizada por la Sociedad Fabiana y los gobiernos laboristas británicos. En esa época, afanado por obtener mi doctorado en el famoso plantel londinense, había permitido que mis entusiasmos juveniles me llevaran simultáneamente a la presidencia de

²¹ Isaiah Berlin fue sólo el segundo escritor de Occidente con quien la Akhmatova pudo conversar después del fusilamiento de su primer esposo, en 1921, y hasta el fin de la guerra. Luego, en 1965, en un *quid pro quo* que merece comentario separado en otra ocasión, le fue permitido viajar a Oxford como parte de un arreglón diplomático que resultó en el otorgamiento de sendos doctorados *honoris causa*, apenas unas semanas distante el uno del otro, a la insigne poetisa rusa y a Pablo Neruda, el gran poeta chileno y adalid favorito de los jefes moscovitas. En el cuartel general de la K.G.B. en Leningrado hay tres voluminosos ficheros acerca de Anna Akhmatova que confirman abundantemente la rigurosa vigilancia a la cual estuvo sometida; véase Michael Ignatieff, “First Loves” (1998), p. 68; en cuanto a los temores abrigados por Stalin, véase Berlin, “Meetings with Russian Writers in 1945 and 1946” (1980d), pp. 201-202.

la Asociación de Estudiantes Postgraduados (Research Students Association) y a la dirección del *Clare Market Review*, venerable revista fundada por George Bernard Shaw y Sydney y Beatrice Webb, cuyas páginas habían sido honradas por próceres del Olimpo estudiantil tales como R. H. Tawney, Harold Laski, G. D. H. Cole, A. J. P. Taylor y Graham Wallas. Con mucho trabajo entre manos y ya rumbo a la biblioteca, me encontré en Houghton Street con mi profesor-jefe, el historiador económico y fundador de los Pelican Books, H. L. Beales, quien me preguntó hacia dónde me dirigía y, al enterarse, me obligó a volver, “de una oreja”, al vetusto Old Theatre de la escuela, ya totalmente repleto de público a la espera del conferencista. No encontrando lugar para mí, el respetabilísimo Dr. Beales me obligó a sentarme en los asientos reservados en la primera fila, entre él y el sociólogo David Glass, y fue desde este lugar de privilegio que escuché a Isaiah Berlin por primera vez.

Es imposible exagerar el desagrado profundo que me causó esa conferencia. Todo lo que dijo Berlin, característicamente a borbotones y a gran velocidad, se oponía a todo lo que pensábamos tanto yo como la inmensa mayoría de mis compañeros de estudio. Para abreviar, basta con explicar que apenas apareció publicado el texto de la conferencia, en 1954, dediqué un número casi completo del *Clare Market Review* a tratar de demolerlo. Solicité colaboraciones especiales de Norman Birnbaum, más adelante el sociólogo favorito de la izquierda transatlántica, y de Eric Hobsbawm, quien goza de justa notoriedad como el único intelectual de cierto prestigio que aún hoy día (fines de 1998) no da su brazo a torcer, y continúa defendiendo tanto a Stalin como al arsenal teórico del comunismo ortodoxo²². Estos dos artículos aparecieron precedidos por un robusto editorial en el que usando lo que entonces me pareció exquisita ironía, invité a mis lectores a que rechazaran lo que entonces me pareció ser un planteamiento derechista recalcitrante, temerario y obscurantista. Veintidós años más tarde, en 1975, harto más tranquilo, mucho más vivido, abollado y distanciado del marxismo-leninismo ululante de aquellos años primerizos, doctorado en el bolsillo y decano por añadidura de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de La Trobe, en Australia, tuve el honor de invitar a un sir

²² C. Véliz, “Editorial” (1955), comentando la publicación de Isaiah Berlin, “Historical Inevitability”, The Auguste Comte Memorial Lecture, dictada el 12 de mayo de 1953 en la London School of Economics and Political Science; Norman Birnbaum, “Contemporary Conservatism and the Distrust of Knowledge” (1955); Eric J. Hobsbawm, “The New Irrationalism in Political Theory” (1955). Entre las colaboraciones incluidas en aquel memorable número no puedo dejar de mencionar dos excelentes fotografías hechas por Osvaldo Sunkel, compañero de estudios en LSE, quien más adelante se ha destacado como economista tanto en la Universidad de Chile como en la CEPAL de las Naciones Unidas.

Isaiah Berlin a dictar conferencias sobre Fichte, De Maistre y la Contra-Ilustración, en un ciclo auspiciado precisamente por el Departamento de Sociología.

El personaje a quien recibí formalmente en el aeropuerto de Melbourne también había cambiado con el paso del tiempo. En 1956, casi cumplidos los cuarenta y siete años de edad, Berlin había abandonado su austera soltería y contraído matrimonio con la hermosísima y distinguida Aline de Gunzbourg, quien además de brillar con luz propia en el ámbito social e intelectual, había sido campeona de golf de Francia y poseía una considerable fortuna personal. Lo que había parecido a sus amistades como una alianza improbable, inauguró cuatro décadas de una casi legendaria felicidad conyugal durante las cuales Berlin produjo muchas de sus mejores obras. Un año más adelante, en 1957, su evidente talento y ya importantes servicios a la cosa pública recibieron un reconocimiento oficial al ser ordenado caballero por la reina Isabel.

Aproveché entonces mi presentación formal del distinguido huésped ante un auditorio universitario colmado de estudiantes, para rogarle a sir Isaiah que excusara aquel lejano e irreflexivo ataque, que más decía de mi arrogancia e inexperiencia que de mi comprensión de los problemas que ya creía haber resuelto. Con humor característico, accedió con la condición de recibir un ejemplar de la revista de marras, que ya había adquirido cierta importancia bibliográfica. De vuelta de mi viaje a Canossa, entablamos con Isaiah Berlin una amistad que sólo interrumpió su muerte. Nos unió además una visión compartida acerca de las angustias políticas de nuestra época y un interés genuino por la ópera, aun cuando matizado por amables divergencias respecto del valor y consecuencia del ciclo wagneriano. Isaiah Berlin fue para mí una maravillosa fuente de inspiración intelectual, cuya generosidad me permití retribuir siquiera en muy pequeña medida, dedicándole un libro transparentemente titulado *The New World of the Gothic Fox*²³.

Reitero que no es ésta la mejor oportunidad para emprender un examen detenido del pensamiento de sir Isaiah, pero conviene resumir, siquiera a modo de conclusión, algunas de las ideas señeras que con seguridad acompañarán su justo renombre hasta bien entrado el milenio que se avecina. Por ejemplo, volviendo a “Historical Inevitability”, otrora objeto de mi apasionado rechazo, es preciso aclarar que no fue la intención de Berlin en este luminoso ensayo refutar la doctrina del determinismo históri-

²³ Precisamente inspirado en su ensayo “El Puercoespín y el Zorro”, el título del libro “The New World of the Gothic Fox” traduce “El Nuevo Mundo del Zorro Gótico”, y fue publicado en 1994, bajo el sello de la University of California Press.

co, tarea quizás lógicamente imposible; lo que hizo fue demostrar que esta doctrina, tan estrechamente emparentada con el ideario marxista-leninista que en ese momento ejercía una creciente influencia en los claustros académicos, se contradecía en la práctica con el lenguaje, los usos y supuestos prácticos y morales de la vida cotidiana; en buen romance, que aun en la ausencia de una refutación lógica convincente, su refutación práctica era abrumadora. De acuerdo con Berlin, la aceptación teórica del determinismo histórico había sido evidentemente alentada tanto por los avances logrados en las ciencias naturales y la tecnología, como por un clima político cargado de impaciencias por realizar igual progreso en el ámbito económico y social. Era difícil en tales circunstancias insistir que sólo la acción humana se sustraya del imperativo causal que tan visiblemente presidía sobre los éxitos de las disciplinas científicas y tecnológicas, confirmando que cada evento, cada acontecimiento y cada fenómeno, es el resultado de causas cuyos efectos son necesarios e inevitables. Esta relación entre causas y efectos se basa en la convicción de que existe un ordenamiento universal, sistemático, racional y permanente cuyo conocimiento es precisamente el objeto de la ciencia y cuya validez está abundantemente atestiguada por sus éxitos. Paradójicamente, tales impaciencias ayudaron asimismo a resucitar la viejísima noción de que todas las cosas, desde luego incluyendo las acciones humanas, son necesariamente como son y no pueden ser de otra manera; que explicar es justificar; saberlo todo significa perdonarlo todo y sólo nuestra ignorancia nos impide conocer las causas precisas y necesarias de cada efecto.

Berlin cuestiona estos planteamientos, estimando que la doctrina determinista es impracticable puesto que nos obligaría a efectuar cambios absolutamente inconcebibles tanto en nuestra conducta cotidiana como en sus fundamentos éticos. No podríamos, por ejemplo, razonablemente condenar las depredaciones cometidas por un criminal puesto que éstas estarían tan determinadas como la conducta encomiable de un ciudadano ejemplar. En el mejor de los casos, la estética pasaría a ocupar el lugar tradicionalmente asignado a la ética; observaríamos las acciones de un héroe o un santo del mismo modo que notamos la belleza de una mujer, la corpulencia de un hipopótamo o la prestancia de una jirafa. El comportamiento valeroso o cobarde, criminal o altruista, mentiroso o veraz, sería considerado tal como lo hacemos con la estatura, la edad, o la genealogía de un individuo, esto es, como características, cualesquiera su importancia o atractivo, alejadas del radio de acción de la voluntad y, por lo tanto, muy distantes del ámbito de la responsabilidad humana. Pero en la vida real, es precisamente esta noción de responsabilidad individual alrededor de la cual estructura-

mos nuestras vidas, suponiendo, prácticamente, que esto implica una capacidad, o disposición, o creencia, en la posibilidad de escoger más o menos libremente lo que se puede o debe hacer, y rechazar lo que no se debe o no se puede, así como de determinar lo que es lícito, posible, aconsejable o beneficioso, y condenar lo nocivo, ilegal o inoportuno. Es indudable que los seres humanos compartimos una convicción práctica y robusta que se refleja tanto en el lenguaje como en las costumbres e instituciones de la sociedad, que no obstante obvias limitaciones fisiológicas, deja espacio suficiente para asumir la responsabilidad de elegir entre esto y lo otro; entre tomar agüita de boldo o café; usar corbata o corbatín; afeitarnos cada mañana o cultivar barba y bigote; casarnos o permanecer solteros; viajar a Curacaví o a Chincolco; practicar deportes riesgosos o dormir la siesta; estudiar leyes o entomología; votar por éste o por aquél.

Le parecía a Berlin además paradójico que fuera el comunismo marxista-leninista, que con tan singular fervor había abrazado los postulados del determinismo histórico, el que con más entusiasmo exigía los más crueles sacrificios, crímenes, vejaciones y despojos precisamente para adelantar lo que, según esa misma doctrina, era una meta establecida por el curso de la historia y hacia la cual la humanidad entera marchaba inexorablemente.

Un año más tarde, en 1957, Berlin fue distinguido con la nombradísima cátedra Chichele de la Universidad de Oxford, dedicada al estudio de la teoría social y política, y para su conferencia inaugural escogió un tema que ya se vislumbraba en su trabajo acerca del determinismo histórico. La conferencia causó comprensible revuelo y no cabe duda que el ensayo resultante, publicado en 1969, es uno de los más influyentes de su obra²⁴. Principalmente orientado hacia la presentación y análisis de dos clases de libertad, positiva y negativa, el ensayo explica que por libertad negativa se entiende la ausencia de impedimentos al ejercicio actual o potencial de las opciones abiertas al individuo, refiriéndose no a limitaciones biológicas, psicológicas o fisiológicas, sino a los obstáculos creados por el hombre que ya sea intencional o accidentalmente circunscriben el espacio dentro del cual cada individuo puede actuar libremente. El grado de libertad negativa dependería entonces de la ausencia de tales obstáculos y de la resultante apertura de opciones realmente disponibles cualquiera la intención de cada individuo respecto de hacer o no uso de ellas²⁵. En cierto sentido, la liber-

²⁴ Isaiah Berlin, "Two Concepts of Liberty", en *Four Essays on Liberty* (1969); véase especialmente la introducción, en la que Berlin ahonda el análisis de puntos de especial importancia y responde a sus principales críticos.

²⁵ Esta salvedad es importante para dejar en claro que las austeridades autoimpuestas de un fakir, de un estoico o de un Platón Karataev tolstoiano, no resultan en un aumento de la libertad negativa.

tad negativa busca responder a la pregunta, “¿De cuánto espacio dispongo para actuar libremente?”, mientras que la libertad positiva responde a las preguntas, “¿Quién me controla? ¿Quién decide cuántas opciones tengo a mi disposición?” Con tales interrogantes Berlin prologó lo que pasó a ser uno de los más decididos ataques contra la monstruosa herencia de la Ilustración, que mantiene que es posible encontrar un sistema, una sola verdad, un modo único de organizar la sociedad, que llevará necesariamente a su perfeccionamiento puesto que, por definición, estaría en armonía con los principios racionales que estructuran el desarrollo de todas las sociedades humanas. Por consiguiente, la libertad positiva aparece estrechamente asociada con decisiones acerca de lo que constituye una buena vida y una sociedad bien ordenada y quizás hasta bien encaminada hacia su perfección, y lo menos que puede observarse es que no han escaseado los representantes de instituciones, iglesias, razas, naciones, estados, clases, culturas, partidos políticos y otras entidades menores muy dispuestas a adoptar tales decisiones en nombre de sus congéneres. Asimismo es difícil ignorar que han sido precisamente tales intrusiones en nombre de la libertad positiva las que han hecho de nuestro siglo el más cruel y sanguinario de la historia humana.

Lo realmente trágico de esta circunstancia, de acuerdo con Berlin, no es que estas iniciativas hayan tenido imperfecciones —como sin duda las tuvieron— sino que el problema planteado no tiene solución posible puesto que los valores y aspiraciones fundamentales del género humano son tan múltiples como inconmensurables e incompatibles. Su evidente multiplicidad —ahí están la felicidad personal, la seguridad, la igualdad, la libertad, la privacidad, la prosperidad, la paz, el orden público, y suma y sigue— es la que dio origen al pluralismo de Isaiah Berlin, inmensamente alejado de las equivalencias fraudulentas y pluralismos culturales auspiciados por un relativismo moral en bancarrota. Son inconmensurables porque no hay calificación, escrutinio ni medida imaginable que permita ordenaciones prioritarias. Son, además, incompatibles porque la perfección de una acarrea inevitablemente la imperfección de otras. Así, por ejemplo, nadie puede dudar que entre los valores fundamentales del género humano están la libertad y la igualdad, pero la libertad perfecta sólo se logra sacrificando la igualdad. Asimismo, el establecimiento de una sociedad de iguales sólo se conseguiría mediante la imposición represiva de libertades positivas y el sacrificio forzoso de la libertad negativa de los más emprendedores y talentosos. Limitaciones similares tendría el establecimiento de una democracia perfecta que difícilmente se lograría sin detrimento de la justicia.

El que nunca podamos satisfacer todas estas aspiraciones o lograr la plena vigencia de todos estos valores no es una circunstancia contingente, susceptible de ser superada mediante la aplicación de técnicas, métodos o políticas correctas, sino la percepción de una verdad necesaria, inextricablemente asociada con la condición humana. Berlin tiene muy claro que la fe en soluciones únicas y definitivas ha sido una fuente inagotable de satisfacción y solaz para muchos precisamente porque la intromisión masiva de la libertad positiva y la consecuente reducción del espacio asignado a la libertad negativa los exime de la pesada responsabilidad de tomar decisiones. Pero también es evidente que cualquiera su origen, credenciales y fundamentación, estas soluciones únicas y definitivas tienen en común un historial de fracasos acompañados por enormes cantidades de víctimas cuyo sacrificio fue considerado necesario para lograr el evasivo perfeccionamiento de la sociedad. Vastamente preferible, según Berlin, es acercarse a estos problemas con una disposición pluralista, que acepta la imposibilidad de asegurar todos los valores fundamentales de la condición humana mediante soluciones únicas, aun cuando el correspondiente aumento de libertad negativa exija que cada individuo asuma la responsabilidad de escoger entre las opciones disponibles, alternativa quizás menos cómoda, pero mucho más civilizada y promisoría que la anterior.

Me parece justo y apropiado, por consiguiente, otorgar a sir Isaiah Berlin el noble título de “Humanitatis Magister”, puesto que con erudición y elegancia intelectual iluminó uno de los momentos más oscuros de la historia humana con un ideario que ha devuelto al ejercicio de la responsabilidad individual el sitio protagónico que con tan calamitosas consecuencias le negaran las ingenierías sociales y proyectos utópicos de nuestro siglo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ayer, A. J. 1936. *Language, Truth and Logic*. Londres.
- Berger, Marilyn. 1998. “Isaiah Berlin, Philosopher and Pluralist, is Dead at 88”. *The New York Times*, 7 de noviembre de 1998, p. C24.
- Berlin, Isaiah. 1998a. “The Purpose Justifies the Ways”. *The New York Review of Books*, 14 de mayo de 1998, pp. 52-53.
- Berlin, Isaiah. 1998b. “My Intellectual Path”. *The New York Review of Books*, 14 de mayo, p. 54.
- Berlin, Isaiah. 1997a. “Historical Inevitability”, The Auguste Comte Memorial Lecture, 12 de mayo de 1953, dictada en la London School of Economics and Political Science [Oxford University Press 1954]. Henry Hardy y Roger Hausheer (eds.), *Isaiah Berlin: The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays*. Londres.

- Berlin, Isaiah. 1997b. "The Hedgehog and the Fox: An Essay on Tolstoy's View of History" [1953]. En Henry Hardy y Roger Hausheer (eds.), *Isaiah Berlin: The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1997c. "Two Concepts of Liberty". Conferencia inaugural para la cátedra Chichele en teoría social y política, Universidad de Oxford, 31 de octubre de 1958 [Clarendon Press, 1958]. En Henry Hardy y Roger Hausheer (eds.), *Isaiah Berlin: The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1995. *Karl Marx. His Life and Environment* [1939].
- Berlin, Isaiah. 1980a. "Einstein and Israel". En Henry Hardy (ed.), *Personal Impressions*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1980b. "Benjamin Disraeli, Karl Marx and the Search for Identity". En Henry Hardy (ed.), *Against the Current: Essays in the History of Ideas*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1980c. "J. L. Austin and the Early Beginnings of Oxford Philosophy". En Henry Hardy (ed.), *Against the Current: Essays in the History of Ideas*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1980d. "Meetings with Russian Writers in 1945 and 1946". En Henry Hardy (ed.) *Personal Impressions*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1980e. *Personal Impressions*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1976a. "The Philosophical Ideas of Giambattista Vico: Two Studies in the History of Ideas". En Isaiah Berlin, *Vico and Herder*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1976b. "Herder and the Enlightenment". En Isaiah Berlin, *Vico and Herder*. Londres.
- Berlin, Isaiah. 1969. "Two Concepts of Liberty". En Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*. Oxford University Press.
- Birnbaum, Norman. 1955. "Contemporary Conservatism and the Distrust of Knowledge". *Clare Market Review*, Lent.
- De Unamuno, Miguel. 1968. "Sobre el Criollismo". En *La Raza Vasca y el Vasceuce. En Torno a la Lengua Española*. [Publicado originalmente en *Estudios*, Buenos Aires, enero-julio, 1903.] Madrid.
- Garagorri, Paulino. 1965. "Unamuno y la Filosofía". *Mapocho*, Tomo III, N° 1.
- Gray, John. 1995. *Berlin*. Londres.
- Hobsbawm, Eric J. 1955. "The New Irrationalism in Political Theory". *Clare Market Review*, Lent.
- Ignatieff, Michael. 1998. "First Loves". *The New Yorker*, 28 de septiembre, p. 68.
- Nicholas, H. G. (de.). 1985. *Washington Despatches, 1941-1945: Weekly Political Reports from the British Embassy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Pipes, Richard. 1993. *Russia under the Bolshevik Regime*. Nueva York.
- Savater, Fernando. 1986. "Miguel de Unamuno: La Ascensión Eterna". Prólogo de la obra *Del Sentimiento Trágico de la Vida*. Madrid.
- The Daily Telegraph*, Londres, del 7 de noviembre de 1997, p. 31.
- Thomas, Hugh. 1961. *The Spanish Civil War*. Londres.
- Véliz, Claudio. *The New World of the Gothic Fox*. University of California Press, 1994.
- Véliz, Claudio. 1955. "Editorial". *Clare Market Review*, Lent. □